

TESTIMONIO

Memorias de un laurel

□ Desde el exilio, un libro de nostalgia y rencor

"Ces 'messieurs' du Chili", por Armando Uribe. Editions de la Différence. Kruishoutem, 1978. 214 pp.

"Fue en China que empecé a comprender a Chile, a un cierto Chile, sin duda el verdadero. China es el otro mundo, las antípodas de Chile. A los tres años, cuando hacía un hoyo en la tierra con un palito —como lo hacen todos los niños de tres años— me decían: —Si continuas excavando, llegarás a Pekín."

Y llegó, años más tarde, en calidad de Embajador del gobierno de Salvador Allende. Luego, después del histórico 11 de septiembre, escogió el exilio y se desempeña en la actualidad como profesor en la Sorbonne, en París.

Armando Uribe logró en Chile relevante figuración literaria. Discípulo de la academia literaria que en el colegio Saint George fundara Roque Esteban Scarpa, fue uno de los más promisorios *jóvenes laureles*. Se dio a la poesía, al ensayo y hasta a la investigación erudita. Y todo con éxito. Culto y original, recibió todas las flores de la crítica criolla. Se le abrió la cátedra universitaria y los próceres de la Academia le auguraban un próximo sillón.

Publica ahora este libro cuyo título original en castellano es "Caballeros de Chile". Señala la nota editorial que el volumen se encuentra inédito en español.

El título encuentra su justificación en unos versos del "Canto General" de Pablo Neruda:

"Trazaron una línea negra:
Aquí nosotros, caballeros
de Chile. . .
Allá vosotros, rotos,
. . . pueblo"

Quien espere el análisis sociológico apuntador de desigualdades, el peso de las cifras reveladoras, la tesis documentada trastornadora del poder militar, se habrá equivocado de libro. Armando Uribe es fundamentalmente un poeta y, como tal, emprende su crítica desde ángulos líricos e insólitos. En el caso, unos recuerdos de infancia y adolescencia que, amenamente, ocupan los dos tercios del libro. Las décadas del 40 y del 50, engominadas y con cuello blanco, se desenvuelven mostrando al niño reflexivo e inteligente que "para comprender sus orígenes. . . se acuerda y

se sumerge en los pasadizos de la memoria".

Los recuerdos adolescentes, con toda la tipicidad del género, abundan en citas de nombres de condiscípulos (Avaria, Ruiz Tagle, Márquez de la Plata) y de niñas y sus familias —especialmente unas mamás muy desconfiadas—. Sobre sus compañeros del Saint George, escribe Uribe con acritud: "Hace algunos años fui amigo de

reflexión candorosa:

"Estos son mis recuerdos, mis explicaciones, los hechos ciertos de mi vida. Dado que a mí tanto me interesan, ¿por qué no interesarían también a los demás?"

Confesión que desarma, y enternece.

Luego de su autobiografía, el escritor traza una especie de catálogo de los "vicios de una mitología chilena", sustentada y nutrida por la clase alta —dueña del



POETA ARMANDO URIBE (1968)
También profesor y diplomático

algunos de ellos, ahora ya no lo soy. Creo que son unos perros que no vacilarían en morderme".

Entre reminiscencias domingueras desemboca Uribe en el concepto de una *clase*, la suya, que se habría aliado a los Estados Unidos y admitido la destrucción histórica de Chile.

Y siguen las evocaciones. El descubrimiento de la desigualdad social mezclado con el despertar del sexo y la actividad de sus maestros con sotana. De repente, la

país — para su particular beneficio. Uno de los "vicios", entre otros, sería el aprovechamiento que la clase alta hace de la "clase media".

Más que razones, Armando Uribe despliega sus personales intuiciones. Críticas, amargas, sin matices entre lo bueno y lo malo. El adjetivo condenatorio colorea toda su argumentación, revelando más al poeta exasperado que al buen abogado de su causa.